



¿Un hombre sin relaciones?

En un librito, más bien la transcripción de un “curso de verano en la Universidad Hebrea de Jerusalén”, el pensador Martin Buber se enfrenta con la pregunta kantiana “¿Qué es el hombre?” tantas veces formulada, jamás contestada y finalmente abandonada –(el fin de la excepción humana según Schaeffer (2009); la esencia de lo humano es insoluble (Arendt 1958)–; o respondida con punzón nietzscheano: es un animal enfermo. Buber descalifica la pregunta como mal planteada por un investigador que es parte de lo observado como “cualquier otro trozo de la naturaleza”; el ser humano no es definible, se identifica desde la interrogante reformulada “¿Quién es el hombre?” Y Buber responde: es el ser humano relacional “arrancando de la peculiaridad de sus relaciones con las cosas y los seres”. El hombre relacional, es el ser “en cuya dialógica”, en cuyo “estar-dos en recíproca-presencia” se realiza y se reconoce en el encuentro del “uno” con “el otro”. Un ser humano sin relaciones es homo sacer, un ser privado de todo menos su esmirriada biología en vías de extinción; el *homo sacer*, el *muslim* de Primo Levi, es un muerto en vida, tal vez mejor dicho un vivo en muerte.

Quien escribe en *La gaya ciencia*: “¡Ah! Cuán difícil es digerir la convivencia con los semejantes [*Mitmenschen*], se declara creador de la soledad de los sin Dios [*Gottlos*], a tiempo que niega ser misántropo aduciendo que el precio del odio es muy alto; prefiere la finura del desprecio, que apenas le produce ligeros escalofríos. “¡La humanidad! ¿Acaso ha existido una vieja más repugnante entre todas las viejas? (-tendría que ser «la verdad»: una pregunta para filósofos). No, no amamos a la humanidad...”; despreciamos a la humanidad porque es humana, demasiado humana. Sin duda, un hombre que rechaza relaciones con otros sin perder su bíos, sin ser *sacer*, más bien aspira al “super-bíos.”

Natalidad

Nace Friedrich Nietzsche el 15 de octubre de 1844, un acontecimiento ejemplar para entender la natalidad relevada por Hanna Arendt: “La natalidad es la condición fundamental más estrechamente vinculada a la

acción que laborar y producir.” El nuevo comienzo que aparece en el mundo con cada nacimiento puede legitimarse en el mundo al poseer la capacidad de construir por sí mismo un nuevo comienzo, es decir, de actuar. La natalidad abre el mundo al ser y el ser al mundo, con un potencial infinito de posibilidades de acción; asegura la continuidad generacional, la gestación y mantención de la comunidad política, la memoria y con ello la historia. Acaso el poético concepto de natalidad sea la venganza de Hanna Arendt contra el anémico *Dasein* heideggeriano.

Podría decirse que Nietzsche es natalidad continua. El ermitaño que cierra mundillos y abre mundos, que diseña al hombre, pero propone al superhombre, el eremita que no deja de tratar a «personas», participando en sociedad premunido de un artificio, una máscara, prefiriendo la aparición fantasmagórica en la oscuridad o después de muerto. “Este último es el truco del humano *póstumo por excelencia*, pues solo tras la muerte arribamos a nuestra vida y somos vitales, ¡muy vitales!, nosotros los humanos póstumos.” Una natalidad explosiva, un desprecio por lo humano, el ermitaño sin relaciones significativas y la seguridad de que su hora no llegará “¡aún por largo tiempo!, digamos, para ser modestos, no antes de 1901”. Aclara el misterio del ermitaño escribiendo en primera persona plural, ciertamente no como un nosotros mayestático, ni por pudor solipsista, sino por la simbiosis de Nietzsche póstumo y su abnegado lector.

Conversando

Leer con Nietzsche, más de un siglo después de su pronóstico de una “larga fermata”, tienta hojear su “Humano, demasiado humano” (1878). Pero no, el subtítulo lo reserva para “espíritus libres”. Extintos. En un mundo que santifica la ciencia como única fuente de verdad, es de irónica pertinencia leer *La gaya ciencia*, escrita, así lo señala el prólogo a la segunda edición, por un enfermo sumido en un larguísimo período de dolor, impotencia, agotamiento y debilidad, que inesperadamente ve aparecer la jovialidad de las “Saturnales del espíritu” renacido, bañado en la esperanza de sanar, el retorno del vigor, la embriaguez de la sanación. Este texto es ima-

ginable como escrito entre un paréntesis abierto hacia la sanación, el final cerrándose al término del texto con gozosa anticipación de la “gran salud”.

No se lee a Nietzsche. Conversamos. Un atisbo del eterno retorno. Las citas en comillas son fieles, pero no en demasía.

“Pero dejemos al señor Nietzsche: ¿Qué nos importa que el señor Nietzsche haya sanado?” Frase en bronce, imborrable, que inicia el acápite dos.

La humanidad está enferma, Nietzsche es humano, la filosofía ha disfrazado las necesidades fisiológicas con “mantos de objetividad, ideales puramente espirituales, apuntando al cuerpo, pero malentendiéndolo. Quedamos en espera de un filósofo con la audacia de que la filosofía no trata de la «verdad», sino de algo muy diferente, digamos de una Salud, Futuro, Crecimiento, Poder, Vida... Quedamos en espera. Pues el filósofo no puede deshacerse de la enfermedad: “Su gran dolor es el último liberador del espíritu, como maestro de la “gran sospecha”, un dolor que no nos mejora, pero sí nos *pro-fundiza*”.

Hoy como ayer, me comenta, la energía de un filósofo se manifiesta como voluntad de verdad por sobre las creencias, pero no deja de creer en la ciencia como fuente de verdad, anticipando Nietzsche aquello que demoramos generaciones en aceptar: la ciencia tiene raíces, prospera en un medio ambiente social, no es aséptica ni desinteresada, reconoce incertezas pero es reina de las probabilidades que vende como verdades. Su objetivo moral en un mundo inmoral es la verdad, es el afán de no ser engañado, de no engañarse *ni siquiera a sí mismo*. Más que develar la verdad, el filósofo aspira a la veracidad “*y con ello estamos en el terreno de la moral*”. ¿Para qué moral si vida, naturaleza historia son «inmorales»? Ah, pues que la fe en la ciencia se apoya en una fe metafísica, reculando a la creencia que Dios es verdad; el filósofo anti-metafísico y sin dios sospecha que Dios sea la más duradera de las mentiras. Menudo problema no teológico, pero sí epistemológico y moral. La moral es moralista, incuestionada, aunque provenga de una falacia: “nadie hasta ahora ha examinado el valor de la más famosa de todas las medicinas, llamada moral, por lo que corresponde, que se comience a *ponerla en duda*. ¡Adelante! Es esta nuestra labor.” Y lo sigue siendo. El mundo se ha vuelto difícilmente tolerable, ayer como hoy, como también nos irrita “el mundo que somos,” hoy como ayer, “dando entrada a un pesimismo que nos señala dos caminos para futuras generaciones: abandonar del todo la desinflada adoración del mundo, o *abandonarnos a nosotros mismos*. Lo segundo sería el nihilismo, mas ¿no será lo primero también nihilismo? Es nuestra interrogante”, que responde indicando que

las grandes construcciones de antaño que demoraban y debían durar siglos ya no son posibles por faltar el material pétreo de los albañiles cuyo valor era ser “*una piedra en una gran construcción*”; hoy imposible, pues somos actores, fantoches, insuficientes como *material para una sociedad*, pese a los sueños de los señores socialistas que gritan y escriben acerca de una “sociedad libre”. Mi pesimismo, dice Nietzsche, es dionisiaco.

Escuchar a Nietzsche es apabullante, como buen conversador se contradice sin pudor alguno. Los hermeneutas profesionales, hacen uso de su plumilla para relevar la versión que les viene bien. Nietzsche es ateo. Pero no, Nietzsche desconfía de las creencias, no puede creer o descreer: “Yo no sabría lo que más pudiese desear ser el espíritu de un filósofo que un buen danzarín. Pues la danza es su ideal, su arte, finalmente su devoción, su »Gottesdienst« [miserablemente traducido como culto divino, cuando el término es “servicio a Dios]...”.

“Solo creería en un Dios que supiese bailar” dice el incrédulo, pero no en este libro.

En enero de 1889, Nietzsche abraza llorando el cuello de un caballo brutalmente flagelado por su dueño. Es el instante en que cae en la locura y provee un espectáculo explotado por narrativas y por el cine. La caída, interpreta Kundera, es de magnitud mundial, el mundo ya no será el mismo. Más que fisgonear con manida soberbia reconocer al genio y diagnosticar locura, parece más atinado imaginarse a Nietzsche retirándose de un mundo invivible a un silencio resignado, su pesimismo dionisiaco asfixiado en un mundo falsamente apolíneo.

Conversar con Nietzsche, recordando que su madre traía visitas para que conversaran con su mutismo, llama a la sobriedad, si no a la melancolía. “Uno debiera, como investigador de la naturaleza, salir de su rincón humano: en la naturaleza no predomina la crisis, sino más bien la sobreabundancia, el despilfarro hasta la insensatez”. ¿Qué han hecho los demasiado humanos para marchitar el cuerno de la abundancia en precaria escasez?

Del prólogo a la segunda edición de la jovial ciencia.

“«¿Es cierto que el buen Dios está siempre presente?» preguntaba una pequeña niña a su madre: «pero eso me parece indecente»— ¡un guiño a los filósofos! Debiera haber más respeto por el pudor con el que la naturaleza se esconde detrás de enigmas y coloridas incertezas” Una gaya ciencia, y no celebrar la severa submolecularización del saber actual Nobel-mente celebrada.

Queda mucho que conversar con Friedrich Nietzsche.

Miguel Kottow
Santiago, Octubre 2024